LA ACCIÓN OBRERA

PORTE PAGO — PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO — PORTE PAGO

AÑO XI — NÚMERO 359

Dirección: Constitución 2845 - Dpto. 5

Buenos Aires, 1 de Febrero de 1916

SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL

República Argentina..... $ 1.00 m/n

Exterior..... $ 0.50 oro

A MANERA DE EXPLICACIÓN...

Tras larga e involuntaria desaparición, cuya importancia no trataremos en modo alguno de disimular, reingresamos a la vida activa del periodismo obrero, con el firme propósito de perseverar en nuestra propaganda, y sin sentirnos mayormente afectados por el contratiempo sufrido, fruto explicable, si se quiere, de las críticas circunstancias por que atraviesa el proletariado en general.

Con mayor o menor gravedad la desfavorable situación creada por la guerra y el paro forzoso ha hecho sentir su nociva influencia sobre todo género de empresas y actividades personales; y no es, pues, razonable ni lógico suponer que hubiéramos podido substraernos a ella, no mediando la intervención de auxiliares financieros con los cuales no contamos, y, con los que, tal vez es de desear para la virtualidad y entereza de nuestra propaganda no contemos jamás, atendiendo no sólo a la procedencia más que probadamente corruptora de algunos de ellos, sino también a la especial psicología que engendra su posesión.

Por la naturaleza misma de las convicciones que sustentamos, tenemos un criterio, que reputamos muy exacto, acerca del mérito y valor reales de ciertas propagandas caracterizadas por una continuidad inquebrantable. Ellas, no nos infunden entusiasmo ni admiración; y menos el deseo de emularlas. Sabemos bien cuál es la fuente espúrea de sus recursos, y nos hallamos en condiciones de afirmar que no existe correspondencia entre la multiplicidad del tiraje y grandeza de formato de ciertos órganos, y la adhesión espiritual de sus numerosos cuán inconscientes lectores, masa amorfa carente de un criterio social esclarecido y sólido.

La condición especial y propia de toda propaganda obrera anticapitalista es en los tiempos actuales su instabilidad, que constituye una garantía de su sinceridad. Vive al día; y, en nuestra opinión, es conveniente que así sea. No alcanzamos a apreciar la conveniencia verdadera que puede haber en darle dentro del régimen una fijeza, propia de la empresa capitalista, y que sólo es asequible por la creación de considerables intereses, que no tardan en erigirse, inevitablemente, en preocupación primordial con detrimento de ideas o inspiraciones fundamentales.

En nuestro caso, llevamos con cierta satisfacción la vida del periodismo en una forma *sui generis*, atenidos única y exclusivamente a la cooperación de un núcleo reducido de trabajadores, que en su mayoría hoy sufren de privaciones en lo más elemental y necesario para la subsistencia: carecemos de subsidios o emolumentos que puedan ser extraídos a otras energías colectivas extrañas a nuestra inspiración e idealidad, para ser aplicadas a nuestro objeto; y, finalmente, atenidos a un criterio rudimentario y unilateral,—que alguien juzgará pueril,—sentimos invencible repugnancia en recurrir a la fuente pródiga del réclame burgués para aliviar o sostener nuestra propaganda; difiriendo en esto fundamentalmente, con algunos núcleos que hallan en esas y otras pingües reservas ajenas los fondos necesarios para afrontar con éxito aparente, sus mayores contrariedades financieras.

Se explica, pues, que con tales arraigadas convicciones, que son verdaderos puntos de vista relacionados con la doctrina, y cuya solidez difícilmente conmoverán las especiosas razones de los mercantilistas, sea problemático predecir que prosperemos mucho como empresa editora. Empero, lo reiteramos, esto no puede afectarnos mínimamente.

La indestructible fe que depositamos en el proceso lento, pero seguro y vigoroso del movimiento obrero, local y universal, que se cumple en las entrañas mismas de la economía, inadvertido, y ausente de todos éxitos efímeros de la prensa, hace que contemplemos con benévola sonrisa, contratiempos que, para un criterio grosero y miope, asumirían la magnitud de una irreparable catástrofe. ¡Cuán engañosas suelen ser a veces la apariencias; sobre todo cuando se considera la culminación de ciertas instituciones o empresas condenadas a seguro e irreparable fin, en la inminencia de él, es decir, en el preciso momento en que alcanzan su más grande esplendor y riqueza!

Sírvanos también de íntimo consuelo la certidumbre de no habernos encontrado *ausentes* en ningún momento en la vida del proletariado regional, en el lapso de tiempo en que nuestra noble hoja no vió la luz pública; podemos con énfasis afirmar que nos hallamos hoy, donde estábamos ayer; y que continuamos nutriendo las mismas e indestructibles esperanzas en nuestro triunfo final. Otros, tal vez más afortunados en la continuidad de sus empresas,—más prósperos en su *actividades capitalistas*,—¡cuánto se sentirán desplazados en el espíritu y en el tiempo!

Sin embargo, séanos permitido formular como término de estas consideraciones, la esperanza de que el futuro no nos reserve contrariedades de esta índole, y que, nos sea posible, sin llegar al colmo de la abundancia, disponer en todo instante de los medios necesarios para dar mayor firmeza y seguridad a la noble y útil propaganda del Sindicalismo, sobre todo en horas y circunstancias como las actuales, en que, sin duda, se están elaborando en las entrañas de la sociedad convulsionada, los más graves hechos de la historia humana; posiblemente, los más portentosos cambios que en el organismo social haya operado la voluntad del género humano en su inextinguible sed de justicia y bienestar!

A propósito de los sucesos de Berisso

NUEVO DERECHO

El proceso incoado contra nueve trabajadores del frigorífico Cold Storage La Plata, y el consiguiente pedido de 25 años de prisión para cada uno de ellos, formulado por el fiscal Idoyaga Molina,—con el propósito de reprimir hechos acaecidos en el transcurso de la memorable huelga librada por aquellos trabajadores contra el fuerte trust del frigorífico de Berisso—ha tenido la virtud de provocar una profunda indignación y exaltar un general sentimiento de solidaridad en el seno de la mayoría de las organizaciones obreras del país.

Durante estos últimos tiempos, la preocupación mayor de la organización sindical ha sido, y es todavía, la suerte que les espera a los nueve obreros procesados.

Conforme a esa expectativa, y, bajo la impresión de la agitación latente en el proletariado, traducida en una serie no interrumpida de actos tendientes a exteriorizar la protesta contra los poderes constituídos y expresar los deseos obreros de ver libres a los nueve camaradas detenidos, escribimos por nuestra parte, el presente artículo.

Naturalmente, no nos guía en estos momentos, en que volvemos a aparecer a la vida activa del periodismo obrero, el propósito de hacer una crónica, detallada y minuciosa, de los acontecimientos de Berisso. Esa crónica, además de aparecer un poco tarde si se hiciera en estas columnas ahora, ha sido hecha y divulgada en todas las formas posibles por el órgano específico del proletariado de esta región, esto es: por la Federación Obrera Regional Argentina. En esa tarea, seguramente, no ha faltado nuestro concurso de obreros y sindicalistas, por lo mismo que en razón de ser tales, no podíamos permanecer inactivos, a pesar de la desaparición temporaria de esta hoja de propaganda sindicalista.

Al sugerirnos estas líneas el proceso contra nueve combatientes de la gloriosa acción huelguista del frigorífico de Berisso, contribuye, sin duda en nuestro ánimo, el hecho que, además de tratarse de una cuestión palpitante para la vida proletaria, la circunstancia de haber dado lugar él a un movimiento cuyo valor intrínseco no debe pasar por alto, extrayendo del mismo provechosas y fecundas enseñanzas, las cuales, por otra parte, confirman para nosotros juicios anteriores y robustece nuestra ya arraigada convicción respecto a la transcendencia del movimiento sindical de la clase obrera.

Los acontecimientos de Berisso, y el consiguiente proceso judicial, nos sugiere una especial reflexión. Ellos nos revelan, en forma elocuente, toda la vacuidad que encierran ciertas ideas que preocupan a no pocos cerebros obreros, por el trascendentalismo que se les atribuye, y coloca en el tapete de la discusión, una vez más, una interpretación sindicalista, esto es: ¿la organización obrera revolucionaria, o mejor dicho, el Sindicalismo, resume en sí toda la actividad de la clase obrera que puja por liberarse del sistema capitalista y halla en sí misma todos los atributos y cualidades materiales, morales e intelectuales capaces de permitir la realización de esos propósitos? Más claro: ¿la clase obrera, necesita distraer sus energías, con el pretexto de los distintos aspectos que ofrece el problema de su liberación, en tantos campos distintos como los que hayan creado las clases dominantes para asegurar sus privilegios, olvidando lo que para la realización de su emancipación constituye la *conditio sine qua non* del éxito: su situación de productora?

Esta cuestión fundamental, tantas veces debatida desde que surgió a la vida proletaria el elemento sindicalista, vuelve hoy, nuevamente, a plantearse a la consideración de los trabajadores.

Los hechos de Berisso nos dicen cuán pueriles y tontas son esas teorías que, pretendiendo resolver el problema de la revolución social comienzan por sostener que el elemento de la revolución: el proletariado, y, consiguientemente, el instrumento de esa misma revolución: la organización de clase, son ineptos.

Para probar esas teorías, sus sostenedores, ar-

guyen la ignorancia obrera y el terreno circunscripto y sin repercusión en que desarrolla su trabajo revolucionario la organización obrera.

Para los cultores de esas teorías, la organización obrera, sólo tiene una misión: combatir contra el capitalista para arrancarle un aumento de salario y una disminución de la jornada de trabajo. Admiten que hasta puede ser el obrero revolucionario, en este terreno, si es que combate con sus propias fuerzas, pero el revolucionarismo termina en cuanto obtenga una mejora, pudiendo ser luego hasta un perfecto conservador.

Toda la parte política y jurídica del régimen burgués, que se concreta y resume en la fábrica capitalista, no se siente tocada, según esa buena gente, en lo más mínimo por la más importante huelga, por ejemplo: toda esa costra sale indemne y hasta llega a ser respetada por los obreros, llevados a una huelga por la *mezquina y conservadora* preocupación del aumento del centavo y la disminución de la jornada de trabajo.

Nosotros vamos a hacer abstracción de toda la revolución política y jurídica que entraña una pequeña mejora conquistada en las condiciones de trabajo por los obreros en una huelga; olvidaremos, por un instante, que se elabora un nuevo derecho emanado de una acción de esa naturaleza; que se quebranta, naturalmente, por la acción de la huelga obrera, que es una verdadera rebelión, todo lo legislado y estatuído por el derecho capitalista; què ella lleva implícitamente la negación del derecho de apropiación capitalista, y que, en consecuencia, a la vez que exige una mejor condición de vida en el trabajo, afirma la clase obrera con ella, su autoridad y gobierno en la producción. Dejaremos a parte todo esto, porque, naturalmente, este orden de consideraciones que le sugiere a un estudioso paciente, esos actos, para desentrañar de los mismos esas conclusiones atrevidas, que no están consignadas en un estatuto, no son susceptibles de ser comprendidas por todos.

Dejemos, como hemos dicho, todo eso, y atengámonos a hechos visibles, producidos como un resultado natural de esa lucha, considerada así tan mezquinamente en sus propósitos.

La huelga del frigorífico de Berisso, realizada por obreros que, sin duda alguna, no estaban animados de ideas trascendentales, ¿no ha resultado por sí misma, en su desarrollo y consecuencia, una acción trascendental?

Este conflicto, que por razones especiales, fácil de ver en la intransigencia y tenaz negativa burguesa, ha hecho intervenir las tres ramas del poder conservador del régimen capitalista, para ahogar con su coerción la victoria obrera y reducir a los huelguistas en la derrota, ¿no ha puesto de relieve, que si bien es cierto, los trabajadores aparecen modestos en sus exigencias, y aparece circunscripta su acción huelguista, es por el contrario, una verdadera acción revolucionaria,—no ya en el sentido de que es un acto realizado por los obreros con su propia acción directa,—sino en cuanto representa una verdadera transmutación de valores económicos políticos y morales, vale decir, una verdadera revolución de todo el decho estatuído?

Si así no fuera, cuando el desarrollo de la lucha obrero-capitalista llega a ciertos grados de asperezas y de violencias, ¿aparecerían el poder político, judicial y policial para asegurar el derecho burgués, perseguir a los trabajadores, y descargar sobre éstos todo el peso de su poder coercitivo contra los trabajadores que son poder coercitivo contra los trabajadores que son los alzados contra la explotación capitalista?

La intervención de estos poderes, como ha ocurrido en la huelga de Berisso, no es más que la medida salvadora del principio de autoridad quebrantado por la insubordinación obrera en la fábrica capitalista. El carácter de esa intervención suele ser variada. No siempre es agresiva. La mayor o menor fuerza y capacidad obrera determina el grado de temperancia o agresividad de los mismos.

Pero es indiscutible que la lucha proletaria en la fábrica, es una verdadera lucha de los trabajadores contra la sociedad burguesa. Es la única acción trastornadora del equilibrio y la inestabilidad del régimen en que vivimos. La acción obrera en el taller, es el ataque de los productores contra la parte más sensible y vital del organismo capitalista, y por eso es que de él dependen estos estremecimientos generales de todo el cuerpo de la organización capitalista.

La huelga de Berisso, en momentos como los actuales,—de debilidad y quietismo de la organización obrera en cuanto se refiere a su acción huelguista,—viene a confirmar una vez más, revelándose con una claridad meridiana, que si hay algo efectivamente trascendental y revolucionario, ese algo es la acción de la organización de clase de los trabajadores, la única que tiene la virtud de conmover el inmenso edificio capitalista.

Obra silenciosa y obscura, es cierto, porque es el trabajo, pero fecunda, grande.

Ella realiza la más grande revolución, pues libra al cerebro obrero de añejas creencias, quita el velo del misterio que cubre a la realidad, y le demuestra todo el inmenso poder que él representa y la función que cumplen los distintos grupos en la sociedad burguesa.

Ella pone frente a frente a los dos poderes. El poder obrero, que surge y se extiende por todas partes, donde exista la producción, amalgamando a los núcleos más dispersos de la clase en el seno de una organización, solidaria, sensible; y el poder capitalista, que comienza a declinar, no obstante su secular existencia, su fuerza poderosa, cerrando el ciclo de su dominación.

Está, pues, en esa labor, aparentemente insignificante, la más grande revolución de la historia, porque tiene la virtud de poner a los trabajadores en franco antagonismo con todo el sistema actual.

LOS ESPURIOS

Una nueva vez el nombre de la clase obrera organizada ha sido utilizado para designios infames. Nuevamente los hechos vienen a poner en evidencia que no es sólo con el capitalismo y sus adláteres con los que necesariamente deben luchar los trabajadores. Aquéllos son enemigos naturales, terribles y poderosos, pero ostensibles; los tenemos a nuestro lado, los tocamos y los conocemos. Pero hay otros que se guarecen en las sombras, pequeños, pero no menos temibles, pues su propia pequeñez favorecen la insidia con que accionan. Son un cáncer enclavado en el propio organismo de la clase obrera. Nosotros no creemos, que este virus nucleado en el grupo de tenebrosos que se agitan en la anemia del diario ácrata sea, precisamente, un arma creada por la policía; cuando más es un expediente que ella utiliza cuando lo juzga útil a sus fines de obstaculizar la organización obrera. La policía no se distingue por la nobleza de sus procedimientos, todos hemos probado en carne propia que es todo lo contrario; pero debemos reconocer que la artería policiaca tiene sus límites, más allá de los cuales hasta esa misma policía se consideraría infamada.

El chantaje, la estafa, el perjurio ejercitados sistemáticamente, no entran en el radio de acción de aquélla; cuando más, se llamará a silencio si, como en el caso últimamente repetido por el grupo espurio guarecido en el diario ácrata, aquellas acciones son cometidas en perjuicio directo de la clase obrera. Es contra esta morbosidad, si no se quiere que el mal extienda sus perniciosa influencia, que se debe reaccionar enérgicamente. Los sindicalistas hace tiempo hemos señalado el mal, expuesto el método de saneamiento y tenido la satisfacción de que el último congreso de la F. O. R. A. iniciara prácticamente la depuración. Es debido a ello que las maquinaciones de los espurios dirigidas a la granjería inmoral de huelgas y boicotts no les dan ya el resultado que apetecen, pues se ha arrancado de sus garras innobles estas armas ponderables de la clase trabajadora. Pero si bien es cierto que hoy en su desesperación no logran con estos procedimientos hallar los medios de vida que se prometen, también lo es que sus intentos, no por fracasados dejan de infamar a la colectividad obrera, rebajando su valor moral ante sus seculares enemigos que tienen interés en no hacer los distingos de sanos y de leprosos.

Todos los obreros, cualquiera que sea su modo personal de pensar en otros respectos, deben tener un pensamiento unísono en lo que se refiere a cosas tan vitales como son su altivez y rectitud de sus procederes, aún para con sus peores enemigos. Es sobre una solidez moral de esta naturaleza que la clase obrera ha de edificar su personalidad colectiva y todo celo que en su formación y conservación se ponga no pecará nunca de exagerado. Es inmensa la labor que día a día le depara el porvenir que ella ansía conquistar, y tan trascendental esta conquista, que interesa especialmente tener siempre levantado el espíritu en relación a semejante emprendimiento.

Esto nos da a los sindicalistas la virtud de saber distinguir nítidamente quiénes son los enemigos de nuestra clase social y quiénes simulándole amistad se adhieren a ella en la forma de un parasitismo el más repugnante; y los más viles de este género son los que sentaron sus reales entre nosotros a la sombra del estandarte de un pseudo comunismo anárquico. Grupo afin de literatuelos de resaca y timadores miserandos que vienen aplicando sus manos, tan sucias como su conciencia de chantajistas, en todas aquellas acciones que la clase obrera organizada desarrolla en cumplimiento de su misión.

En sus hábitos de baja truhanería, no es obstáculo para ello, en la persecución de mezquinos lueros, ni el ejercicio de la calumnia ni el de la falsedad indecente; y hasta tienen predilección a explotar las situaciones angustiosas—asaz frecuentes en la clase obrera—a que son conducidos por los azares de la lucha, muchos trabajadores. Lo que es para nosotros la mayor de las virtudes, la solidaridad, es para los espurios un hueso donde roer. Así hacen de nuestras causas más justas, los negocios más fraudulentos.

Conocemos que no puede estar lejana la hora en que a este respecto se haga clara la visión de ciertos trabajadores que creen ver en esa penumbra, el tabernáculo de un ideal. A cielo abierto debe sacrificarse a las convicciones, sean las que fueren, sólo se procede ocultamente cuando hay propósitos criminales. Y propósitos criminales contra la clase obrera—los hechos están ahí—son los que guían a los espurios en todas las intromisiones que efectúan en el terreno de la acción de los trabajadores. Propósitos criminales cuando propugnan una huelga, pues al mismo tiempo la están vendiendo; propósitos criminales cuando alardean de defensores de trabajadores encarcelados, pues sólo tienden a explotar la solidaridad; propósitos criminales cuando propagan un boicott, pues al mismo tiempo lo negocian con los capitalistas.

Estas no son meras afirmaciones; abran los ojos los que quieran ver los hechos consumados.

Legislación social y demanda de electores

En una de las encrucijadas de la cámara de diputados se está en estos momentos—por lo que publican los rotativos burgueses,—preparando uno de esos rediles legales que con el nombre de legislación social el Estado tiende a la clase obrera con toda la astucia de un cazador furtivo. No hay más que oir lsa grandes voces de reclamo que dan aquellos diarios—los más genuinamente capitalistas—para percatarse de que un engaño nos acecha a los trabajadores. Tenemos la necesaria experiencia para conocer perfectamente cuáles son los verdaderos sentimientos que respecto a la clase obrera animan a los capitalistas y a sus paniaguados de la prensa, para que nos seduzcan sus llantos de cocodrilo. En esta ocasión se trata de un proyecto de "Protección Social"—así lo llaman—destinado principalmente, dicen, a proteger la invalidez y la ancianidad de los asalariados y es curioso observar cómo agotan los lugares comunes de la caridad y la compasión para inducir a que se les crea animados de un dulce espíritu de reparación hacia aquellos que consideran sus víctimas predestinadas.

El estado paupérrimo de la clase trabajadora en la Argentina no es cosa del otro jueves, nunca ha gozado otro que lo distinguiera de sus congéneres de todo el mundo; la legislación de protección, como aquí se proyecta, está en ejercicio en diversos países extranjeros hace ya años, de modo que ese sentimentalismo obrero que hoy ru-

boriza por momentos las páginas de los diarios más burgueses, debiera ser ya un mal crónico.

Pero es sólo un pésimo colorete de última hora aplicado para ocultar la palidez que produce el temor de que el Estado no obstaculice la orientación de clase de los trabajadores, y el de que otro partido político que pretende ser su representante natural, lo haga en beneficio propio. Así la iniciativa de una legislación social por parte de la clase más conservadora y reaccionaria, vendría a demostrar a los trabajadores que esas leyes anodinas, orgullo de los socialistas, no son más que trincheras en que se va parapetando el capitalismo ante el avance del proletariado. Es sugestivo que tanto el proyecto de referencia como otros que ocupan lugar preponderante en el programa del partido socialista sean llevados a la consideración del Congreso por jesuitas militantes y apoyados por el elemento conservador. Y a propósito, recordamos que el congreso uruguayo acaba de sancionar también una ley del Trabajo, que puede considerarse radical dentro de este género de legislación, sin que en aquella cámara tenga cabida un solo diputado socialista.

De todo esto debe inferirse que, aparte de los mezquinos intereses de comicio que se disputan propugnando leyes de carácter social, las clases conservadoras pueden, y así lo irán haciendo, adoptar toda la plataforma electoral socialista como el medo más eficaz para afianzar sus exclusivos intereses de clase, corroborando lo que en este respecto siempre hemos sostenido.

Y hemos hecho notar que, igualmente, en la terminología con que la prensa burguesa reclama el proyecto de ahora, no hay diferencia substancial de la que para los mismos casos presentan los partidos políticos más demagógicos: la condolencia por la horfandad en que se hallan los trabajadores; el reconocimiento de que son el principal factor del progreso nacional; reclamación porque se les haga justicia, no ya sólo por deberes de caridad, sino en nombre de la solidaridad social; condenación del egoísmo de clase, etc., etc.

Esperamos que muy pronto al oir hablar a los politicastros en las plazas y en las legislaturas, no podamos distinguir quiénes de ellos son los socialistas y quiénes los reaccionarios o los conservadores.

EL "CHANTAGE"

EN EL MOVIMIENTO OBRERO

Una nueva tempestad desatada sobre el lodazal donde se revuelcan los que se denominan a sí mismos "comunistas anárquicos del 5º", ha puesto de relieve la repugnante y sucia figura de cierto sujeto, cuya actuación de tenebroso en el movimiento obrero no es la primera vez que comentamos. Nos referimos al ex sargento de la armada, Apolinario Barrera.

Como existen hechos anteriores que pueden hilvanarse con los presentes, haremos un poco de crónica retrospectiva.

Hace apenas algunos meses, desde las columnas de *La Protesta* acusaron de turbios manejos con la gerencia de la Quilmes a los comunistas Gualberto Núñez, Francisco Taddey, Félix López y varios otros cuyos nombres no recordamos. Días después, ese diario, anunciaba que a las personas mencionadas se les había expulsado de las filas comunardas, siendo Barrera el héroe de la jornada que representó el papel de Cristo echando los mercaderes del templo.

Pero en esa oportunidad, ni los redactores, ni ninguno de sus acólitos del "5º" concretaron los actos que, según ellos, daban lugar a tal resolución; la que, por otra parte, no tenemos conocimiento que fuera impugnada por los expulsados, pues al contrario, guardaron el más absoluto y significativo silencio.

Aún no se había extinguido el eco de estos hechos—que, si bien colocaban en mala situación a algunos cofrades del comunismo, elevaban por lo menos en apariencia, la moralidad de los redactores de *La Protesta* y directores del "5º"—cuando un nuevo caso viene a destruir ignominiosamente la aureola catoniana de los jueces, por cuanto éstos, a su vez, tuvieron que sentarse en el banquillo de los acusados, resultando al fin de cuentas, más encallados, más negociantes y logreros que los peores de su género.

Y vamos a los hechos.

Siguiendo la pretendida obra de moralización iniciada anteriormente, *La Protesta* del 4 de enero dedicaba su primer página al relato de una tentativa de soborno, de que habían sido objeto por parte de la gerencia de la Cervecería Quilmes. La trama del cuento no estaba del todo mal hecha, pues parecería haber sido labrada por Antillí, que de entrada no más, aconsejaba desfachatadamente a los lectores de *creer en ellos*—en los del "5º"—porque ellos creían "como diez, como veinte, como treinta hombres". (textual). Seguía a esta curiosa introducción el famoso relato, en el cual figuraba el gerente de la Quilmes manifestándose dispuesto a pagar una suma fabulosa de dinero, si se disolvía la Sociedad Oficios Varios de Quilmes y se le declaraba terminado el boicott. Un tal Luis Sánchez—comunista por supuesto—era el que, de acuerdo con los del "5º" y los redactores de *La Protesta* ibà y venía de la gerencia, cuyas proposiciones son "airadamente rechazadas" por los "incorruptibles" que publicaban como un blasón de gloria todo este cuento, firmado luego por el que no lo había redactado, ese pobre Dandín de la Dandiniére, especie de taragote estúpido que hasta dictándole no sabe escribir, llamado Angel Orlando, más bien conocido por el apodo de (a) "el secretario".

Ahora bien; veamos cómo explican estos hechos varios comunistas anárquicos—también del "5º"—en un manifiesto publicado recientemente:

> "El relato de *La Protesta* es absolutamente falso. La verdad es esta:
>
> El obrero Sánchez, huelguista de la Cervecería Quilmes y uno de sus boycoteadores, se dirigió al director de la fábrica con fecha 17 de diciembre, y en carta que tenemos a la vista, le dice que le dé trabajo para un primo suyo y que se ofrece a derrumbar la Sociedad de Oficios Varios de Quilmes y levantar el boicott a ese establecimiento."

De modo, pues, que la celebrada tentativa de soborno, denunciada ruidosamente por *La Protesta*, no existía. Los que aparecían en el susodicho diario como personas incorruptibles, no son más que groseros *chantajistas* fracasados.

El manifiesto mencionado hace notar, además, los siguiente:

> "que si el negocio fracasó, fué porque otro más fácil e imprevisto se había presentado."

Para confirmar esa afirmación, agrega a continuación:

> "En efecto, en *La Protesta* del día 26 de diciembre apareció un manifiesto con un artículo al pie dirigido a los cerveceros de la Palermo, llamándolos a la organización. La odisea de estas publicaciones merece una aclaración. Llevados a la redacción de *La Protesta*, pasaron varios días sin ser publicados. Presentada una reclamación por el hecho, se contestó que se habrían traspapelado, o que tal vez el redactor del movimiento obrero los habría llevado al campo, donde se hallaba. Dos días después aparecen publicados. Pasados algunos días, los organizadores de esta campaña de propaganda por el norte de la ciudad, enviaron un segundo artículo titulado "La organización en el norte".
>
> Y aquí está lo penosamente sorprendente.
>
> Este trabajo fué llevado días antes de su publicación a la administración de la Palermo, conjuntamente con un proyecto de cartel de boicot a la Quilmes y varios carteles ya impresos del boicot a las marcas de cigarrillos de la Compañía Argentina de Tabacos. Y es lo sorprendente que este acto fué ejecutado por un miembro de *La Protesta* y a la vez de la Federación.
>
> Para empleados superiores de una casa, nada hay oculto en su administración. Así pudo saberse este penoso episodio. Se supo asimismo que el 4 de enero por la tarde se telefoneó a *La Protesta* preguntando por un individuo. No debía estar puesto que le han dicho que en cuanto llegara el tal hombre hablase con la Palermo. Una hora después hablaba, y de allí, de la Palermo, se le citó para el día siguiente, 5 de enero, de 10 a 11 a. m. En conocimiento de este hecho, resolvimos concurrir a los alrededores y constatar la verdad de las informaciones. Así lo hicimos, y a las 10 y 35 de la mañana, entraba por el portón trasero de la Palermo, el hombre a quien esperábamos. ¿Quién era? ¿Quién era este hombre que así violaba el secreto periodístico, que entrega carteles y que negocia secretamente con establecimientos industriales? ¿Quién era este hombre que así aprovechaba la propaganda que se estaba haciendo para organizar el personal de la Palermo y que acaso iba a ofrecer su situación predominante en *La Protesta*, para contenerla? ¿Quién era ese hombre que aprovechaba esa ocasión para ir a ofrecer cartelitos contra la Quilmes? Terminemos ya de una vez: el hombre en cuestión no era otro que el mismísimo Apolinario Barrera.
>
> Sólo nos resta llamar la atención de los compañeros sobre la coincidencia de las fechas. En tanto que se hacían negociaciones con la Quilmes, aparecían los artículos llamando a la organización a los cerveceros de la Palermo, y aprovechando esta coincidencia y estos artículos también se inician negocios con esta última. Para colmo de coincidencias, el 4 de enero aparece el cartel contra la Quilmes, rotas ya las negociaciones, y el 5 se presenta Barrera a la Palermo, acaso para terminarlos y sellarlos. Huelgan comentarios."

El manifiesto termina invitando para el 21 de enero en el local de los obreros panaderos, calle La Paz 665, donde harán verbalmente los cargos con los documentos a la vista.

Dicha reunión se llevó a cabo en la fecha y lugar indicado. El obrero Luis Pérez, en nombre del grupo acusador, amplió la denuncia contenida en el manifiesto y corroboró la exactitud con documentos de puño y letra del tenebroso Barrera y del otro "incorruptible" Sánchez, al decir del relato de *La Protesta* firmado por Orlando.

No siéndole posible a Barrera negar los hechos, trató de justificar sus actos, trayendo a colación las arriesgadas aventuras de Ravachol, como si éste hubiera explotado alguna vez el nombre de la organización proletaria para llevar a cabo sus singulares hazañas.

Y a todo esto, los redactores del diario que se titula "anarquista", al hacer crónica de la reunión en la cual Pérez y varios otros confirmaron lo dicho en el manifiesto, obligando a Barrera que confesara los hechos en que él actuó como protagonista; hablan de las consecuencias de "un manifiesto anónimo" y, en seguida, de "los autores del mismo", para terminar con un tercer subtítulo anunciando que *La Protesta* y el "5º", arriba...

¡Sí, arriba; arriba de la podredumbre, en el lodazal inmundo de la infamia!

Como es de suponer, estas revelaciones han impresionado vivamente a la grey comunista anárquica. Los demás caudillejos, como Antillí, Pacheco, etc., que por la torpeza de Barrera ven peligrar la obra de desmembramiento proletario, se han apresurado a declarar que no asumen ninguna solidaridad con su compinche en desgracia. Antillí, en un artículo lleno de amargura, manifiesta que hay que volver "plenamente al imperio de los procedimientos regulares"; después de haber lamentado "la ingenuidad de Barrera" en confesar los pasos con la cervecería "Palermo"...

Estos y otros muchos hechos que han de ir surgiendo a luz, confirman nuestra sospecha: los enemigos de la unidad proletaria, los que se valen de cualquier pretexto para sembrar la cizaña y el encono entre los obreros, sirven los intereses de la burguesía.

De ahí que el negocio intentado por Barrera, con la complicidad de los redactores del diario *La Protesta* y de los sujetos que se atribuyen la representación de una F. O. R. A. comunista anárquica, lejos de constituir una revelación es, para nosotros una confirmación del espíritu antiobrero y mezquino que anima a los enemigos de la organización obrera.

LA PUREZA DEL IDEALISMO

Con este título publicó Unamuno un artículo en *La Nación*, hace ya algún tiempo, que me sugirió la reflexiones siguientes:

Dice el profesor aludido que la libertad y capacidad técnica no son suficientes, sino que hay otras más nobles y más generales, que serían las llamadas políticas o sociales, que necesita y que debe usar y conservar toda persona culta y civilizada.

Tiene razón del punto de vista de la organización económica y política actual de la burguesía. Esta, con su libertad de producir ha dado origen a dos clases, la asalariada y la patronal

o capitalista y en el campo de la producción, y esta organización en el orden económico ha obligado a la clase patronal a crear el Estado en el orden político.

Así en la usina, fábrica, etc., practica la técnica de la producción, y fuera de ellos, en la democracia, practica la política para la solución de los problemas de carácter general...

La división en el orden económico entre capitalistas y obreros, da origen a las clases capitalistas y asalariadas, las que a su vez forman las clases dominantes, o dirigentes y las clases sometidas o dirigidas. La burguesía, dueña del poder económico crea un poder político que le garantice y asegure sus privilegios de organizadora y directora del trabajo en la sociedad económica.

Las organizaciones económica y política de la sociedad actual explica y justifica el raciocinio de Unamuno, de la separación de la libertad técnica y de la libertad política, de intereses de gremio y de intereses políticos, o si se quiere, de intereses particularistas y de intereses generales.

Pero, en oposición a esa concepción capitalista y de clase dominante, se eleva otra concepción en el mundo de la producción que se llama Sindicalista y que tiene por objeto que los productores organizados en Sindicatos, no en gremios, asuman las dos libertades: la técnica y la política; es decir, que ellos, los productores, y únicamente ellos, sean los que conserven y resuelvan todos sus problemas particulares y generales, y no renuncien su fuerza social, en forma de fuerza política en favor de otra clase que tiene intereses y derechos antitéticos a los suyos.

Esta nueva concepción de la sociedad viene persiguiendo que los obreros, reivindiquen para ellos el derecho de organizar y dirigir el trabajo social, contra el derecho de los patrones que lo ejercen actualmente en perjuicio de la libertad y dignidad del pueblo productor.

Los sindicalistas anhelan substituir a la soberanía política de la democracia la soberanía del trabajo social. A la libertad político-electoral, estéril e inocua para la clase de los productores, se prefiere la libertad económica que para la burguesía significa producir sin límites y cortapisas legales, y que para el pueblo productor significa el derecho de organizar el trabajo social. Este, en la actualidad es propiedad exclusiva de una clase y ahora se desea que aquel derecho vuelva al pueblo: todo de los productores.

Esta nueva concepción social Sindicalista, al substituir la institución patronal (organización capitalista del trabajo), por la institución Sindical (organización del trabajo por los productores), hace desaparecer las clases en la sociedad económica, y, en consecuencia, hace innecesaria la existencia de sociedad política separada de aquélla, como lo es en la actualidad. El pueblo productor, por medio de sus Sindicatos, reasume en sí el poder político, y maneja sus intereses particulares y sus intereses generales, sus intereses técnicos y sus interese políticos.

No habrá oposición entre los unos y los otros como ocurre en la actualidad; sino que existiendo entre ellos perfecta armonía, marchando ambos al unísono y permaneciendo en una misma institución (la Sindical), no tendrán razón de ser los raciocinios y juicios que Unamuno expone en su artículo.

Si la clase capitalista obliga al pueblo productor a que delegue en ella su poder social bajo forma de poder político, necesario es practicar las dos libertades separadamente: la técnica y la política; pero desde el momento histórico que el pueblo de los productores reasume en sus instituciones el poder político y el poder técnico, ejercerá conjunta y armónicamente ambas, con lo cual habrá hecho innecesaria la separación de aquéllas y la existencia de la institución estatal y patronal.

Para ese fin los Sindicatos se organizan y se vinculan en una Federación donde armonizan sus intereses generales, siendo siempre éstos la expresión fiel de los intereses del trabajo social. Así veremos cómo los intereses técnicos expresan también los intereses generales de la sociedad.

No existiendo clases tendremos recién un verdadero pueblo armónico en sus intereses económicos y en sus intereses morales.

Ahora podemos constatar que los intereses generales que se separan y colocan con los intereses económicos-técnicos, no son sino los intereses de la clase capitalista transformada en clase dominante.

Con frecuencia en la historia se ha llamado erróneamente a los intereses de la clase dominante o dirigente, los intereses del pueblo.

Si la nueva concepción Sindicalista realiza, en manos de los productores conscientes y libres, las actividades particularistas propias y característica de la técnica y al mismo tiempo las actividades de carácter general propios de la sociedad, habremos conseguido armonizar y unir de veras la capacidad técnica y la capacidad política.

En el lenguaje corriente de la democracia se conceptúa poder político el que ejerce el Estado y también diría el que practican los partidos políticos encargados de extraer de la democracia el personal que ha de constituir aquél. Pero, de acuerdo con la concepción Sindicalista de la sociedad económica y política, poder político significa una fuerza social de carácter general construída por la clase de los productores y que tiene la virtud de actuar sobre el conjunto de la sociedad, y así transforma su fisonomía económica y política sin necesidad de utilizar el Estado.

El Estado es el poder que tiene la burguesía para defender sus privilegios económicos y su hegemonía política y que con frecuencia lo utiliza en una forma opresiva para actuar sobre el conjunto de la sociedad.

La concepción democrática del poder político, se circunscribe y limita el poder del Estado, y por eso no ve que se está creando una nueva forma social-económica, la de los productores, al construir nuevas instituciones de carácter general que tienen por misión histórica substituir al Estado en sus funciones colectivas.

De aquí, que mientras la clase capitalista se esfuerza por extender la acción del Estado al mundo de la producción, las instituciones sindicales tienen por misión combatir aquella intromisión y procurar ir gradualmente limitando al Estado en su esfera de acción hasta hacerlo innecesario.

Por eso la concepción del socialismo de estado la conceptuamos la más deprimente y corruptora del pueblo. Queremos que crezca sin cesar el volumen de la acción sindical.

El Estado, por sus antecedentes históricos y por su naturaleza, no tiene por misión resolver los problemas económicos-sociales que a diario le plantea la lucha de los productores. Es impotente porque es incompetente para comprender esos problemas, y su intervención en los conflictos de esa naturaleza se circunscriben a medidas de orden, es decir represivas.

Ahí están las lecciones que nos suministran los trusts, las huelgas, los paros forzosos, la carestía de la vida, las crisis, etc., y todos los conflictos y miserias que vemos surgir de la cuestión social.

No hay moralidad en la vida económica, porque está desorganizada, y entregada a una guerra por la ganancia; no hay responsabilidad, no hay justicia... Nos falta una institución que vele por la defensa del derecho y de la moral social... En los conflictos continuos de aquélla la intervención del Estado es sólo de carácter policial.

Cuando triunfó la burguesía en el 89, reclamando la libertad de trabajo, es decir, de producir sin límites, fué necesario hacer desaparecer las corporaciones que tenían por misión reglamentar la producción en aquella época; y ahora se hace necesario construir instituciones que tengan aquélla misión y que respondan a la necesidad histórica del momento presente.

La burguesía, estimulada por la ganancia, ha creado fuerzas productivas colosales, y para eso ha venido a la vida; pero esas enormes fuerzas producen desórdenes y trastornos continuos de todo género.

Esas fuerzas no son comprendidas por la clase dominante y en vez de organizarlas y hacerlas servir para el bienestar y la libertad de los pueblos, es arrastrada inconcientemente y envuelta en desórdenes y cataclismos que conducen a los pueblos a situaciones de afleción y miserias sin número.

La burguesía ha llenado su misión en el escenario del mundo: se le acaba su cielo histórico y de no permitir la formación de otra fuerza económica-social que tome inteligentemente aquellas colosales fuerzas productivas, y comprendiéndolas las organice y las ponga al servicio de las colectividades, marchamos fatalmente a una inevitable decadencia.

Los pueblos son víctimas de su mala organización económica-social y mientras no se dediquen a estudiarlos y comprenderlos, no sabrá utilizarlos inteligentemente y vivirá como en la actualidad al acaso y a la ventura. La libertad económica con que se emancipó la burguesía, en el 89, significaba entonces la libertad de producir, el derecho de crear fuerzas productivas sin límites, pero en los momentos históricos actuales, la libertad económica que reclama la clase de los productores, significa el derecho de organizar el trabajo, no para asegurar una ganancia patronal, sino para satisfacer las necesidades colectivas y la libertad y la dignidad de los pueblos.

Así la lucha de clases impuesta por la sociedad económica capitalista, y que muy pocos la comprenden, tiene por misión histórica concluir con aquélla para poder reconstruir la armonía económica y con ella la unidad moral de la humanidad.

No es la libertad política-electoral, sino la libertad económica; no es la conquista del Estado, sino la conquista de un nuevo derecho, lo que ha de resolver la cuestión social y realizar la libertad y la igualdad en los pueblos.

J. A. A.

CRONICA INTERNACIONAL

La Acción de los Obreros Ingleses durante la Guerra

Persistiendo en aprovechar con inteligencia la situación favorable creada por la guerra en determinadas industrias de la Gran Bretaña, los obreros ingleses han logrado obtener importantes mejoras en el salario y la jornada de trabajo. Ha contribuído a ello, la sensible escasez de brazos producida por la voluntaria concurrencia de obreros a las filas del ejército, y, sobre todo, la enérgica y franca actitud del proletariado británico, haciendo presente al mundo cómo entiende los debres del patriotismo, en esta hora crítica de las nacionalidades, disponiéndose, con justificado escepticismo, a que la victoria — si ella se alcanza—no sea el fruto de los únicos esfuerzos y sacrificios de la clase trabajadora.

Tan digna y coherente actitud de los obreros ingleses, ha tenido por consecuencia elevarlos en la consideración universal, en la del Estado, y, lo que es más apreciable si se quiere, dada la manera firme con que han hecho valer su importancia como factor supremo de la victoria, reconocerles en estos momentos de convulsión social, el derecho de atender a la protección de sus intereses materiales, y, también, de aprovechar la oportunidad para elevar sus condiciones de trabajo, mejorándolas en todo sentido.

He aquí los recientes éxitos registrados por los Sindicatos de los puertos de Liverpool y Birkenhead:

Foguistas y engrasadores, 2 chelines de aumento semanales; foguistas y bomberos, 3 ch. íd.; limpiadores, suma no determinada; horas semanales de trabajo reducidas de 56 a 48.

Obreros de las máquinas hidráulicas (puertos y muelles), 3 chelines de aumento por semana; y reducción del tiempo semanal de trabajo, de 56 a 48 horas.

Cuidadores de las lámparas de arco voltaico, 3 chelines de aumento semanal y reducción del tiempo de trabajo de 72 a 48 horas; íd. de dínamos, 3 íd.; íd. 56 a 48; obreros de los cables flotantes, 2 íd.; cuidadores de las máquinas a vapor (trabajo diurno), 2 íd.; íd 60 a 47; obreros de las máquinas a gas, 3 íd.; 60 a 47; cuidadores de máquinas eléctricas, 3 íd., 53 a 47 (muchos obreros estaban obligados en ciertos casos a trabajar 100 y más horas semanales, sin mayor remuneración); conductores de grúas a vapor y locomotoras y conductores de dragas secas a vapor, 2 íd.; foguistas de locomotoras y bombeadores, 3 íd.; 53 a 47; etc., etc.

En general, todos los obreros empleados en las múltiples actividades de los puertes y muelles, han logrado término medio un aumento en el salario semanal de 2,50 chelines; y la reducción del tiempo de trabajo a 47,50 horas semanales.

La Situación de los Obreros Mutilados por la Guerra en el Ramo del Transporte en Berlín

He aquí la convención estipulada entre la clase patronal y la organización obrera del transporte.

Los combatientes que antes de la guerra estaban ocupados en alguna de las empresas adheridas y se presentaran a la terminación de la guerra para reanudar el trabajo serán de nuevo tomados, "en la medida de lo posible".

En el caso que existieran tarifas o convenciones en esas empresas, los reintegrados deberán beneficiarse de los derechos adquiridos y otras ventajas que prevén las tarifas; para ello, el tiempo de servicio militar será tomado en cuenta.

En los casos en que un combatiente no pudiera ser tomado en la misma empresa que lo empleaba antes de la movilización, y lo fuera en otra casa que acepta la tarifa, le serán reconocidos los derechos y ventajas anteriormente adquiridos.

Los mutilados que pueden ejecutar enteramente el trabajo personal que se les adjudique, serán tomados por las casas en las cuales estuvieron empleados antes de la guerra, "en la medida de lo posible", y desde el momento en que se presenten. Recibirán el salario entero que estipula la tarifa para ese trabajo. Las rentas de guerra y otros recursos no serán tenidos en cuenta en caso alguno.

Los combatientes ocupados, cuya capacidad para el trabajo haya sido reducida, "podrán ser empleados por un salario inferior que el establecido por las tarifas usuales."

Los mutilados, cuya constitución corporal no les permita ser empleados en las empresas signatarias de esta convención, serán auxiliados a fin de que puedan hallar un trabajo adecuado a sus fuerzas e inteligencia. Se les facilitará el aprendizaje de otros oficios, en instituciones creadas al objeto.

La duración de este acuerdo será determinada por el de la guerra y por las consecuencias determinadas por esta.

Concepto de evolución y reforma

Hace algunos años, casi todos los socialistas pretendían inspirarse en Marx, y afirmaban su admiración por sus concepciones revolucionarias: decían que un mundo nuevo debía surgir como consecuencia y término de la lucha emprendida entre la clase obrera y las clases dirigentes;—representábanse el porvenir como una realización de las ideas jurídicas que veían elaborarse en el seno del proletariado;—razonando sobre lo que existe bajo nuestra mirada, y esforzándose por imitar los métodos que emplean los naturalistas, creían tener el derecho de afirmar que los tiempos de la utopía habían definitivamente terminado y que un socialismo científico o materialista iba a reemplazar los viejos desvaríos humanitaristas. La disciplina marxista había sido sufrida, más bien que aceptada; ella no había sido bien comprendida; y, siendo la impresión superficial, el menor accidente debía promover la discusión... Una conmoción de carácter excepcional ha desmenuzado las clases y ha dado a las tendencias particulares una enorme influencia; los antiguos modos de socialismo, al uso de los burgueses sensibles, de los artistas y de las damas (1) han reaparecido con su viejo esplendor.

Profesores de literatura, filántropos ricos, algo ingenuos, gente distinguida de todo género han considerado caritativamente la miseria intelectual de los marxistas, y han tomado a su cargo la misión de civilizar nuestra barbarie. Era evidente, por ejemplo, que se necesitaba cierta dosis de ignorancia para persistir en hablar de *revolución social*, cuando el buen tono imponía el vocablo *evolución*, en toda circunstancia y en todo asunto. Habíase escrito libros sobre la evolución de los géneros literarios, ¿por qué no escribir sobre la evolución de los géneros económicos y políticos?

Dudo mucho que esos panegiristas del evolucionismo social posean una clara conciencia de lo que quieren expresar; el término *evolución* no adquiere un sentido preciso sino cuando se le aplica a un pasado definitivamente concluído y cuando se trata de explicar ese pasado por el presente; lo que acontece, por ejemplo, en el darwinismo, que es la fórmula más actual de la filosofía evolucionista.

El darwinismo lo reduce todo a concurrencias, y se inspira en ideas de guerra; es sólo después de la guerra que puede saberse cuál ejército era superior, y a menudo los juicios que se formulan sobre las instituciones militares de un país, se modifican después de una batalla importante; no es sino en presencia del hecho consumado que se pueden explicar los éxitos de un gran conquistador; de igual manera, los naturalistas darwinistas reconocen por los resultados de la lucha cuáles eran los mejor armados; tengo, pues, el derecho de decir que es por el presente que interpretan el pasado.

Pero nuestros filósofos sociales no entienden circunscribirse a investigaciones de este género; aspiran a hacer profecías; su método tiende a explicar el presente por medio de hipótesis hechas sobre el porvenir y, luego a sostener que estas hipótesis se justifican por la explicación que ellas han proporcionado. El más ligero examen demuestra que puede hacerse una multitud de hipótesis contradictorias, y sin embargo capaces todas de satisfacer ese pretendido criterio de veracidad; de modo, pues, que el evolucionismo social no es más que una caricatura de la ciencia natural.

La teoría revolucionaria de la historia considera la totalidad de un sistema de instituciones reduciéndola a su principio esencial, y ella no tiene en cuenta sino aquellos cambios que se traducen en una transformación de ese principio. Es indudable, que los partidarios de esta doctrina no son tan ingenuos que crean que el centro de un sistema aparezca de golpe, por la mágica virtud contenida en la palabra que nos sirve para designarlo. No creen además que una declaración de los derechos, o aun mismo una nueva legislación operen una transmutación alquímica de la sociedad. Saben que los procedimientos empleados por la humanidad para transformarse son variados, complejos y obscuros; que puede aplicarse a la historia lo que Liebigs decía de la naturaleza: ella no sigue nunca vías simples y parece con frecuencia desprovista de sentido común. Los detalles escapan a toda tentativa de razonamiento, tanto más cuanto se alejan del centro; es sólo éste que se presta a consideraciones filosóficas sobre el desarrollo.

Los evolucionistas literarios, políticos o sociales pretenden proceder de una manera enteramente opuesta; pretenden establecer una conexión entre las distintas épocas históricas estableciendo una continuidad entre ciertos aspectos de los detalles operatorios. Semejante *ciencia* no puede tener utilidad alguna para la práctica; pero ella posee una apariencia naturalista, y esta apariencia basta a los literatos.

Nada es más arbitrario que prefijar el carácter particular que la transformación adoptará para desarrollarse; en la historia todo no se presenta de manera que permita ser sistematizado en la duración; en muchos casos es preciso conformarse con seguir los cambios sobrevenidos en cualidades o aspectos secundarios.

Tomo algunos ejemplos a los sansimonianos, considerando que pocos autores modernos han sido más ingeniosos que ellos para inventar lo que hoy se llama *evoluciones*. Según ellos, el derecho de transmisión de la propiedad ha venido siempre restringiéndose: en un principio, el propietario ha dispuesto de ella libremente; luego, la ley ha designado los herederos o el heredero; y finalmente, ha repartido el bien entre los herederos;—el obrero moderno (2) es el sucesor del esclavo y siervo; el primero abandonaba *todo* el producto de su trabajo al dueño; el segundo *sólo una parte*. Toda la exposición de la doctrina sansimoniana se halla dominada por esta idea: que el mundo ha sufrido una *serie de evoluciones*, con un sentido claramente determinado, y que el deber de las personas instruídas e inteligentes sería el de orientar esas evoluciones para que ellas pudieran completarse del modo más razonable, fácil y rápido.

El filósofo del derecho hallará siempre mayor motivo de sorpresa en las oposiciones que ofrecen los centros de los sistemas sucesivos que en la continuidad más o menos especiosa que se descubre en la superficie. Aun mismo se puede preguntar si no habría el derecho de formular en ley casi universal que: *la continuidad es tanto más completa cuanto las afecciones son menos profundas.*

Las doctrinas de los nuevos socialistas producen ilusión porque ellas son prodigiosamente obscuras; no tomaré más que un solo ejemplo en un libro de Jaurés, en el que ha pretendido dar una filosofía de las transformaciones del derecho moderno. Dicho ejemplo me parece sea tanto más notable cuanto que la cuestión examinada por el autor es maravillosamente sencilla, de manera que se sufre tratando de comprender cómo ha podido acumular tanta obscuridad alrededor de cosas tan claras.

Pretende demostrarnos que la historia filosófica de las instituciones permite concebir el *pasaje natural* al comunismo. Ha leído en una obra escrita por uno de sus amigos una frase que le parece tener una importancia capital y que subraya: "Lejos de ser inmutable, el concepto de propiedad se ha modificado en el curso de los siglos, y no existe duda de que se modifique aún en el porvenir; que no siga en su evolución los fenómenos económicos y sociales". Y exclama lleno de entusiasmo: "He ahí la grande y larga conclusión a que arriba de más en más la *escuela histórica francesa.*" A mi juicio, si esta escuela no realiza descubrimientos más sorprendentes, no brillará con vivo resplandor; y pienso que no es cosa extraordinaria el afirmar que el concepto de propiedad se modifique en razón de las condiciones históricas.

En cuanto a Jaurés, créese en posesión de una filosofía enteramente nueva, y agrega: "¿Qué significa, frente a esas *comprobaciones soberanas* de la historia y de esta *evolución viviente* (3) del concepto de propiedad, la fórmula *escolástica* e infantil de los radicales? De la misma manera que se modificó en el pasado, ese concepto de propiedad se modificará en el futuro: y es *indudable* que ahora él va a *evolucionar* en el sentido de una complicación mayor, de una más rica complejidad". ¡Cómo todo esto se halla envuelto en imágenes impropias!

¿Qué puede ser esta rica complejidad del futuro concepto de propiedad?

El autor citado por Jaurés ha escrito: "La propiedad tiene en la Edad Media un carácter mucho más complejo, mucho menos abstracto y restringido que en nuestros días". Es recordando a esta frase,—citada por Jaurés,—que puede comprenderse lo que quiere decir su profecía. Nos alejaremos de los conceptos jurídicos recibidos por nuestra legislación después de la Revolución para inspirarnos en ideas medioevales. Encuentro que hay ahí algo de grave.

No es sin penas, sin violentas revoluciones y sin guerras sangrientas que Europa ha podido librarse de esta complicación, de esta complejidad y de esta riqueza que se advierte en la ideología de la Edad Media. Para crear el mundo moderno ha sido necesaria la introducción del derecho romano y la legislación napoleónica; antes de volver a los modos de pensar de la Edad Media, sería conveniente considerarlo varias veces y no pagarse de vocablos sonoros y pomposos sobre la complicación, la complejidad y la riqueza de los conceptos. En todo caso sería preciso darnos el significado de las grandes revoluciones que hicieron retroceder el pensamiento antiguo y ver si esta interpretación no bastaría para esclarecernos sobre la naturaleza de la revolución que actualmente persigue el socialismo. Si los profesores de literatura y los jefes de la escuela histórica francesa no tienen nada que enseñarnos sobre el valor de las transformaciones pasadas, me pregunto por qué pretenden civilizar nuestra barbarie y reformar nuestras concepciones socialistas.

Jaurés escribe luego: "Por la primera vez, desde el origen de la historia, el hombre reclama su derecho de hombre; todo su derecho. Reclama lo que es del hombre; el derecho a la vida, el derecho al trabajo, el derecho al desenvolvimiento entero de sus facultades, el ejercicio continuo de su libre voluntad y de su razón." Abiertamente, he ahí un oráculo sibilino bastante obscuro; pero en el fondo el autor insiste sobre la misma idea de acercamiento entre el ideal socialista y un ideal medioeval.

Diga lo que quiera Jaurés, no es la vez primera que tales reivindicaciones se han producido "desde el origen de la historia"; a menos que el autor no dé a este origen una fecha singularmente moderna. Han existido varias religiones de carácter universalista, racional e igualitario; el cristianismo ha pretendido realizar el programa asaz enigmático que aquí se trata. Estas religiones no han tenido éxito o han realizado un objetivo bien distinto al perseguido por los primeros discípulos; la escuela histórica francesa no ha tenido quizás todavía el tiempo de estudiar esas cuestiones. (4)

A través de estas trabas verbales, alcanzamos a comprender que Jaurés nos convida a una nueva religión del deber social, a un nuevo mesianismo laico; en una palabra, a un renacimiento del viejo utopismo anterior a 1848. No ignora que son muy numerosos los católicos y protestantes que predican la misma doctrina, en un idioma tan obscuro como el que él adopta. Hoy existe un gran movimiento humanitario en las clases dirigentes; la famosa doctrina de la solidaridad es la expresión de esta nueva tendencia. Colocándose en un terreno muy vecino al que ocupan los burgueses sensibles, el socialismo no puede menos que cosechar muchos aplausos; puede asimismo obtener resultados prácticos de cierto valor; pero antes de romper con una tradición que ha sido el honor del socialismo contemporáneo y volver a las imitaciones de las caricaturas del cristianismo, sería conveniente darse cuenta de lo que se hace y plantear las cuestiones de una manera inteligible.

Si me detengo sobre estos puntos, no es más que con el objeto de demostrar que el *nuevo método* no debe su éxito a una determinada superioridad científica. Sé bien que en distintas ocasiones se ha reprochado a los revolucionarios no comprender las exigencias de la ciencia; pero supongo que en ciertos *medios artísticos*, la palabra *ciencia* tiene un significado que le falta en el idioma francés. Cuanto más se demuestre la flaqueza de los pretendidos evolucionistas, tanto más, también, se iluminará el poder de las causas económicas, políticas y sociales que han creado la situación actual y engendrado el nuevo socialismo. Esas doctrinas están condicionadas muy estrechamente por los hechos de la historia contemporánea para que sea posible intentar su refutación.

Esperando que circunstancias favorables devuelvan a las ideas verdaderamente socialistas su antigua autoridad, una doble tarea se impone a aquellos que no reniegan enteramente la tradición: investigar por qué lo que se llama el nuevo método, ha podido triunfar; y explicar, de acuerdo con los procedimientos marxistas, las dificultades de la hora presente;—determinar la naturaleza de las reformas que pueden resultar de una colaboración de los partidos populares con los partidos burgueses, teniendo presente que *reformar en la sociedad burguesa es afirmar la propiedad privada.*

Para resolver las dificultades que encuentra el pensamiento socialista contemporáneo es preciso distinguir entre lo que Proudhon designa el *dominio de la propiedad* y el *medio económico.* La socialización se opera en este segundo terreno, y ella puede dar origen a una gran cantidad de reformas que no lesionan la propiedad.

Tres grandes órdenes de cuestiones demandan a mi juicio un estudio urgente:

1.º Determinar lo que es la democracia; demostrar la manera cómo ella se ha mezclado al socialismo, lo que tiene con éste de común y de opuesto; fundar esta investigación sobre la consideración puramente materialista: sobre las condiciones de producción de la vida material en las ciudades (*democracia*) y en las puras aglomeraciones obreras (*socialismo*);

2.º Formular una teoría de las revoluciones y sobre todo interpretar, en presencia de la práctica socialista contemporánea, las dos grandes revoluciones a que me he referido antes y que determinaron la introducción del derecho romano y la legislación napoleónica;

3.º Dar una forma inteligible a las tesis morales, políticas e históricas de los nuevos utopistas y proporcionar una interpretación ajustada a los principios que Marx ha aconsejado aplicar al conocimiento de las ideologías.

Estoy persuadido de que tratando estas cuestiones metódicamente, se lograría demostrar a las personas de buena fe e inteligencia que el marxismo—bien comprendido y desarrollado según sus principios internos—proyecta claridades singulares en la filosofía del derecho.

Jorge Sorel.

1. Engels, en 1890, decía en el prefacio a una nueva edición del *Manifiesto Comunista*, que sus amigos y él rechazaban en 1848 la designación de socialistas, porque los socialistas de aquel tiempo, buscaban un apoyo en las clases cultas; el socialismo era un movimiento burgués, que tenía acceso en los salones. (C. Andler, *El Manifiesto Comunista*, I, págs. 15-16).

2. Según Marx, el proletariado inglés no ha salido de la servidumbre; es un propietario rural desposeído.

3. El vocablo *viviente* paréceme tiene, en el lenguaje que hablan ciertos socialistas, un sentido misterioso; he leído en *La Petite République*: "El socialismo alemán puede ser expuesto como un *ejemplo viviente* del desarrollo armonioso y robusto del proletariado". No tengo necesidad de decir que ese galimatías no es de Jaurés; pero podría haber sufrido la influencia de su diario; y de todas las evoluciones, la más cierta es, quizás, la que arrastra tantos *jóvenes* hacia el galimatías.

4. Las ideas de nuestros socialistas *modern-style* vienen casi todas de Saint-Simon; pero éste tenía mucha más franqueza que ellos; no vacilaba en señalar la analogía que existía entre sus aspiraciones y la obra del cristianismo; conocía bien el valor de la revolución del siglo XV, no obstante interpretarla de una manera que me parece inexacta.

LA NUEVA RUTA

El Sindicalismo, el movimiento más moderno de la clase trabajadora, nació a la vida cuando el uso del parlamento y del Estado demostró en la práctica su ineficacia e impotencia para modificar las condiciones impuestas a la vida del trabajo por el capitalismo.

La clase obrera, que había depositado todas sus esperanzas y anhelos revolucionarios en la acción político-electoral, al experimentar el error en que había caído, recibió como una conmoción interior; todos sus ideales de emancipación se desvanecían, todos sus esfuerzos y sacrificios resultaban estériles... Y aquí habría terminado su historia, si la acción directa, practicada desde los Sindicatos, no le hubiera abierto otra ruta.

Al tomar ella la dirección de sus propios problemas, se apercibió que tenía, aunque muy en embrión y muy obscurecidas todavía, las aptitudes y los recursos necesarios para orientarse en su lucha por la emancipación; descubrió algo más: que era capaz de crear la fuerza social obrera para vencer los obstáculos que el capitalismo y el Estado le oponían adrede en su camino.

Esta nueva vida en que se iniciaba, fué para ella como revelación y desde este instante, de ella dependía la libertad en el trabajo y en consecuencia, también, en la sociedad; pues, ésta no puede ser libre mientras el trabajo no se emancipe.

El movimiento socialista, que nació en el campo de la producción, abandonó en sus orígenes el *ciudadano* a los políticos y el *hombre en general*, es decir, abstracto, ideológico, a los anarquistas individualistas y encaminó sus meditaciones y su acción al campo del trabajo tomando al *productor* como la piedra angular, sobre el cual debería levantar el nuevo edificio social.

Fué en el comienzo del movimiento, que los intelectuales, políticos, trataron de tranquilizar las conciencias inquietas y alarmadas de los trabajadores organizados, cuando llamaban a éstos que emplearan sus Sindicatos, en el campo de la democracia, *no para la acción electoral*, sino para la propaganda de sus ideales revolucionarios, y por ese se condenaba entonces el uso regular de la acción parlamentaria.

En aquellos tiempos, en que la clase obrera tenía su espíritu absorvido por la revolución social, los centros obreros, como las antiguas comunas de la burguesía en las vísperas de la Revolución, eran verdaderos centros de rebeldía contra el orden social. Allí se templaban sus espíritus al calor de un ambiente lleno de fuerza y de fe...

Entonces, los intelectuales políticos no se atrevían a hablar de candidaturas parlamentarias, de reformas, de arbitrajes, de acuerdos y de componendas; el ambiente, el medio social creado por la propaganda revolucionaria los habría repelido como a unos instrumentos de la burguesía, como a unos verdaderos traidores.

Están muy frescas todavía las protestas y las condenaciones con que la clase obrera de Francia respondió al ministerio Millerand... Este político, en complicidad con Waldec-Rousseau, el político más sagaz de la burguesía en su tiempo, inició desviar el movimiento obrero de la Revolución, llamando a sus *representantes* a colaborar en el gobierno. Todos sabemos los resultados de esa política parlamentaria en Francia y en Alemania; en Bélgica y en Inglaterra; en Italia, etc., para nombrar a los países más adelantados, que ha concluído en el aburguesamiento más completo de la clase obrera, apartándola de su ruta revolucionaria.

Fueron los políticos intelectuales los que desvieron con astucia al movimiento obrero, llamándolo al principio a la democracia con el fin de utilizar a ésta para la *propaganda revolucionaria*, al mismo tiempo que condenaba, para no alarmar los espíritus, el uso regular de la acción parlamentaria. Las consecuencias fueron que la democracia ahogó a la revolución social. El primer triunfo electoral del Partido Socialista, fué su primera derrota revolucionaria.

El Partido Socialista, compuesto en su origen por obreros exclusivamente se transformó en un simple partido popular, permitiendo que entraran a formar parte de él personas de las otras clases sociales...

La historia de los partidos socialistas de la Europa ha demostrado claramente que, no es posible realizar el socialismo desde las democracias y los parlamentos; que aquél no puede ser la obra de la ley. Más: ha puesto en transparencia que el Partido Socialista que ha pretendido mantenerse revolucionario, ha caído en un verbalismo hueco y ha degenerado en una agitación abstracta e ideológica; y los que se han apartado del propósito revolucionario y tomaron el camino de las simples reformas han concluído por convertirse en un partido completamente burgués. La democracia y el parlamento han puesto a las claras que las reformas en la sociedad capitalista son esencialmente conservadoras y que la acción revolucionaria se convierte, por el ambiente burgués, en un revolucionarismo de frase, degenerando así en un movimiento ideológico y charlatanesco...

Los políticos intelectuales que han visto que no les ha sido posible armonizar las mejoras con la acción revolucionaria, han concluído por convencerse que ésta es imposible de realizarse y esa es la explicación que demuestra su incomprensión del Sindicalismo Revolucionario.

¿En qué consiste la Revolución Social? En transformar el taller esclavo en taller libre; es decir, emancipar el trabajo y con ello se emancipará la sociedad. Reemplazar a la institución patronal por la institución sindical, y librar a los pueblos del Estado opresor.

¿Cómo? Por la lucha de clases y la acción directa que practica el Sindicalismo. Y aquí vemos realizarse lo que no ha sido posible llevar a cabo en las democracias y en los parlamentos. Las reformas son revolucionarias. La revolución social no es la revolución política, que se hace por el voto o por la insurrección, con el objeto de conquistar el Estado; no, la revolución social se realiza todos los días en el campo de la producción, al intervenir el Sindicato en la dirección y organización del trabajo... Gradual y paulatinamente va la clase obrera sindicalista revolucionaria despojando a la institución burguesa de todos sus atributos de dominación con lo que ella reconquista mayor libertad... y estas reformas continuas, no detenidas, que realiza la clase obrera, la va aproximando a la revolución que no es, sino la última reforma que concluirá con la terminación del dominio patronal en el trabajo social; la institución sindical, capaz por un largo

y penoso aprendizaje, tomará la dirección y organización del trabajo social. La disciplina impuesta por el patrón será reemplazada por la disciplina espontánea y voluntaria de los productores libres. La única disciplina que entonces podrá existir en el trabajo, será exigida por la técnica, y la disciplina colectiva que reclama la industria moderna, no será ya una disciplina mecánica ,autocrática, pues aquélla va gradualmente transformándose en una disciplina voluntaria y reflexiva donde el sentimiento del deber reemplazará a la obediencia pasiva. No habrá ya el dominio del hombre sobre el hombre; todos serán libres e iguale, con las aptitudes y la voluntad apropiadas y formadas en la larga y penosa lucha que precedió a la Revolución, para dirigir y organizar el trabajo.

Los políticos intelectuales, no pueden comprender por su educación capitalista y estatal, el proceso revolucionario que practica el Sindicato a diario en el campo de la producción... Confunden las reformas conservadoras del parlamentarismo con las reformas revolucionarias del movimiento sindical, como asimismo la frase revolucionaria que ellos predican en la democracia con la *acción* práctica revolucinaria del Sindicato. Aquí la acción revolucionaria no es la frase, sino la acción generadora de libertad y de espíritu verdaderamente revolucionario.

Antes de terminar este artículo, considero oportuno recordar que los anarquistas han combatido desde tiempo atrás la acción política electoral, pero sus esfuerzos y propaganda han resultado estériles en la práctica, pues la negación abstracta del Estado, la exaltación de la ideología pura, el llamamiento a la revuelta individual, el dogmatismo antiparlamentario, no han sido suficiente para limpiar las mentes de los trabajadores, de los prejuicios y preconceptos burgueses que les inducían a depositar toda su confianza en el parlamento y en el Estado y a ver en éste un ser místico y prvindencial. No, ha sido necesario que los obreros experimentaran aquellas instituciones burguesas para que las comprendieran, y conscientemente le retiraran su confianza y se resolvieran a combatirlas.

El Sindicalismo trae una nueva filosofía de la vida, demostrando que no es la ciencia, sino la acción creadora la que ocupará en adelante el sitio soberano.

Proudhon y Marx habían entrevisto esa nueva filosofía de la vida que el perfeccionamiento de la técnica industrial la va aclarando y le va facilitando a la clase obrera nuevos elementos de juicio para su realización. Los mismos esfuerzos intelectuales de Nietzsche y la filosofía de Bergson han coadyuvado a hacer más comprensible la fiolsofía sindicalista que viene demostrando que la acción y el trabajo son superiores a la contemplación y a la idea y que instruir, civilizar no consiste en poblar el cerebro de los trabajadores con ideas generales, abstractas, sino coadyuvar a prepararlos a su rol de productores futuros, pues el progreso de la técnica industrial los exige cada vez más capaces, más libres y más dignos.

Un Sindicalista.

DEL PROGRESO

Las ideas de los modernos sobre la historia pasada y sobre el porvenir de la humnaidad, con alguna rara excepción, están informadas del más grande optimismo, pero que en el fondo es más aparente que real.

La expresión típica de este optimismo se encuentra en la fe absoluta que se tiene en el *progreso*. Según esta concepción la humanidad está fatalmente destinada a ascender hacia una cumbre siempre más sublime y excelsa, a cambiarse siempre en más feliz y más *humana*. Nosotros sabemos, sin embargo, que no siempre ha sido así. Por muchos y muchos siglos, desde los antiguos poetas griegos hasta Bossuet (siglo XVII), las concepciones, que se tenían a este respecto, eran muy pesimistas. Y Rousseau mismo, ¿no enseñaba cómo el hombre civilizado habría horriblemente decaído frente a su antepasado, cuando vivía todavía en el regazo de la madre naturaleza? Pero, en el tiempo de Rousseau el pesimismo histórico no podía tener más que el valor de una brillante paradoja. Esto es tan cierto, que la fe en el progreso constante e indefinido nace y resulta gigante, precisamente, en aquel tiempo que señala la aurora de la época capitalista, y en cuyos grandiosos progresos de la economía con el consiguiente magnífico desarrollo de las ciencias naturales, modifica casi bruscamente las ideas sobre el porvenir de la humanidad, suscitan en la conciencia de los individuos una fe extraordinaria en las propias fuerzas y en aquellas de la sociedad entera, hacen considerar el paraíso terrestre no ya como el punto de partida, sino como aquel de llegada del género humano, no en un pasado perdido que ningún lamento consigue más en revocar, sino en cambio, un futuro al cual debe tenderse con todo esfuerzo, un futuro que fatalmente deberá un día transformarse en alegre presente.

Ni la severa disciplina, a la cual el materialismo histórico ha sujetado a sus cultores en el estudio de la lenta y fatigosa marcha, tortuosa y llena de dilaciones e involuciones, parangonada por Antonio Labriola con un zig-zag, que la humanidad civilizada ha recorrido, ha servido siempre para tener lejos de su mente todo cuanto tiene de teológico, de preestablecido, de providencial.

Leyendo las obras de Marx, se tiene a menudo la vaga impresión de que él considere toda la historia hasta aquí desarrollada, como una *preparación* por el *comunismo;* y cuando él habla de la *prehistoria* de la humanidad, es precisamente este concepto que se esconde.

Nosotros podemos, por consiguiente, afirmar que la fe en el progreso constante, continuo, no interrumpido por fases anteriores de la humanidad, es muy bien explicable pero no tiene un valor absoluto.

La historia nos enseña cómo a un período de gran progreso pueda seguir un período de gran decadencia; y lo que es todavía más triste, las mismas causas que se han demostrado factores de progreso, pueden resultar en el curso del tiempo factores de decadencia. Esto fué precisamente el caso de la sociedad antigua en la cual la esclavitud y la prevalencia de la ciudad sobre la campaña, causa primera del progreso en un principio, fueron después causas primeras de la decadencia.

Por otra parte, el pensamiento socialista moderno tiende siempre a alejarse más de aquella concepción vanal que hacía del *comunismo crítico*, como Antonio Labriola genialmente llamó la teoría de Marx, un calvinismo sin dios, esto es, una creencia en alguna cosa fatal que rigiese y predispusiese la suerte y los acontecimientos humanos.

Hoy, reformistas, sindicalistas, marxistas ortodoxos, excluyendo sólo a los asnos, y de éstos existen siempre en abundancia, están de acuerdo en considerar que la revolución socialista, o mejor dicho, el desmoronamiento del presente orden capitalista, no podrá verificarse sino a consecuencia de un proceso, en el cual la voluntad de la clase oprimida, el proletariado, tenga una parte absolutamente preponderante. En otros términos: la revolución se hará, como dice Antonio Labriola, si se hace, esto es, si se *quiere* hacerla. Y poco importa como allá se entienda la revolución: ella es un acto volitivo de la clase interesada.

Ahora, si el progreso no es fatal en el sentido que, para decirlo vulgarmente, se deba ir por fuerza siempre de bien en mejor, y si la revolución no es fatal en el sentido de que ella, como decía aquel profesor napolitano, "vendrá aun sin que los proletarios luchen por su advenimiento", es más que lógica la pregunta si un desmoronamiento del presente ordenamiento social, *en cualquier sentido que ocurra*, señalaría un progreso.

El materialismo histórico hace ya buen rato que la ha puesto en claro: todo progreso cumplido por la humanidad, esto es, un aumento de bienestar entendido en el sentido más lato de la palabra, se reduce, en última instancia, diría Engels, en un *incremento en la producción de los bienes materiales.*

Entonces, y nosotros podemos afirmarlo solemnemente, aquella que nosotros llamamos sociedad futura, esto es, no más capitalista ,será aportadora de progreso frente a la sociedad capitalista, no aquella de hoy, sino aquella que será hasta la víspera de la revolución, en la condición de ser todavía más *productiva*. Solamente en esta condición, una revolución socialista, anticapitalista, aparece deseable.

Franz Weiss.

IMPORTANTE

A LOS SINDICALISTAS

Después de casi siete meses de silencio aparece nuevamente La Acción Obrera a la vida activa, para continuar la tarea interrumpida de divulgación de la más alta concepción revolucionaria del proletariado, y para cubrir el profundo vacío que había abierto en nuestro espíritu la falta de una hoja tan necesaria para los sindicalistas de la Argentina.

Sólo después de un compromiso contraído por un núcleo de camaradas, viejos sostenedores de esta heráldica bandera, dispuestos a contribuir con una cuota extraordinaria y mensual, hasta tanto cambie la actual situación crítica, la administración de La Acción Obrera se ha decidido ha reiniciar su publicación.

Sabemos que con esto damos satisfacción a un anhelo expresado por no pocos camaradas, que no pudiendo resignarse a no ver aparecer nuestro periódico nos requerían los trabajos para su reaparición. Pero, queremos dejar constancia. La Acción Obrera, al reaparecer, lo hace en virtud de la contribución extraordinaria de un grupo de camaradas. Si ésta llegara a faltar y además, si otros compañeros que están en condiciones de poder contribuir, no lo hacen, su desaparición, aun cuando fuera momentánea, sería, quizás, la consecuencia inmediata.

La administración, por su parte, conforme a lo dispuesto por los camaradas que se han decidido a prestar su ayuda, introducirá procedimientos que permitan en cuanto sea posible evitar esa contingencia.

Una de las medidas principales será aquella de que todo el que reciba el periódico, deberá abonar, por lo menos el importe de un trimestre, y por adelantado. La subscripción, en el futuro, sólo se atenderá mediante el pago adelantado de la cuota trimestral.

En cuanto a los antiguos subscriptores, que deseen recibir el periódico, pueden comunicarlo llenando el cupón que publicamos en este número, enviando adjunto el importe correspondiente a la subscripción. Para facilitar el envío, hemos resuelto remitir los dos primeros números a todos los antiguos subscriptores, suspendiendo tan solo los paquetes que se enviaban.

A aquellos que no contesten y no remitan el importe de su subscripción, se les suspenderá el periódico, a partir del próximo mes de Febrero.

Las condiciones de subscripción son las siguientes:

Un trimestre	$	1.—
„ semestre	„	2.—
„ año	„	4.—

Un sociólogo del "quinto"

El señor Fernando Gonzalo—de ingrata memoria para la disuelta Federación Obrera Regional Uruguaya y los ferroviarios de San Cristóbal, que contribuyó a desorganizar—en estos últimos tiempos ha emprendido una campaña de insidias y calumnias contra los sindicalistas.

Lejos de nosotros la intención de replicar esos ataques injuriosos, escribimos estas breves líneas, para poner de manifiesto ciertas características que lo singularizan y distinguen, y que han de haber pasado desapercibidas para muchos.

Ese sujeto, cuando escribe algunos artículos sobre organización o problemas económicos, lo hace inspirándose en La Acción Obrera. Y para extraviar la mente del lector y evitar que éste llegue a descubrir la fuente en que bebe, en los mismos artículos procura echar sombra contra los sindicalistas.

El último artículo sobre "Cooperativismo y Carestía", que aparece en el diario *La Protesta*, correspondiente al 23 de enero ppdo., si se exceptúa la primera parte (que, entre paréntisis, no se relaciona con el asunto), es casi literalmente copiado del núm. 339 de LA ACCIÓN OBRERA, correspondiente al 4 de julio de 1914.

Para salvarse de la acusación de plagiario, ha puesto especial cuidado en alterar los párrafos y en reemplazar las palabras por nosotros empleadas por otras sinónimas.

A pesar de esta "habilidad", el saqueo es evidente, porque además de exponer el mismo argumento, de llegar a las mismas conclusiones, se refiere a los mismos hechos y cita al autor que nosotros citábamos—cuyas obras están en inglés—y, rara coincidencia, hace las mismas reflexiones, innecesariamente. Porque, tanto la cita como los demás argumentos de nuestro artículo, eran motivados por la réplica que el diario *La Vanguardia* había hecho a otro artículo nuestro, que apareció en el núm. 337 de este periódico comentando un informe del Dr. Justo al X Congreso Socialista Internacional que debía haberse celebrado en Viena.

Ahora, advertimos a ese señor que puede seguir la obra comenzada, y, con el propósito de facilitarle la tarea, ponemos a su disposición la colección de nuestro periódico, donde encontrará muy buenos trabajos que podrían aumentar su fama de sociólogo, y arrojar algún rayo de luz en el obscuro cerebro de sus lectores y admiradores comunistas del "Quinto"...

Cuando se carece de aptitudes, bueno es simular talento, pues, en esta sociedad en que vivimos, la simulación es la característica y un medio de pasarla bien y vivir a costilla de los tontos.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Orientación, periódico de propaganda libertaria, Buenos Aires.—Como tuvimos oportunidad de anunciarlo en nuestro número publicado en el mes de julio del año ppdo., apareció el 10 de noviembre último esta publicación que edita el grupo libertario del mismo nombre.

Debido a las dificultades que los actuales momentos ofrecen para la aparición de toda hoja proletaria, sostenida con el concurso modesto y reducido de obreros y simpatizantes, este nuevo periódico ha visto la luz, hasta la fecha, solamente dos veces.

Por otro lado, "Orientación" sale en un campo completamente hostil a sus fines. Encuentra a su alrededor verdaderas murallas de prejuicios, donde choca, naturalmente, su proclamada independencia de espíritu.

Esa convicción anima a sus sostenedores, cuando en su primer editorial declaran que su iniciación en la vida periodística es una nota de independencia intelectual, frente a un conglomerado amorfo que pretende paralizar toda sana energía cerebral; y que su pensamiento se levanta contra las tendencias e instituciones que rinden culto a la tradición y extorsionan la individualidad al negarle su inmanente autonomía.

Quien conoce la mentalidad y el espíritu de una gran parte de la colectividad anarquista, especialmente aquella que constituye su grupo director y orientador, sabe que juicios de la naturaleza del expresado por "Orientación" son de los que producen en la cofradía constituída, un motivo de excomunión para los herejes que los expresen, y en su prensa, por ejemplo, no se le anunciará, a fin de evitar que los feligreses lleguen a tener conocimiento de la obra de los réprobos y puedan ser contaminados.

Ese espíritu eclesiástico, es advertido inteligentemente en "Orientación", al punto que uno de sus colaboradores, Ricard, en un oportuno artículo hace esta exacta y precisa definición: "El católico y el anarquista muchas veces expresan el mismo carácter espiritual; nos es difícil distinguir en la calidad de sus manifestaciones; resultan hermanos, a pesar de la diferencia de credo."

Consideramos útil la labor que se propone esta hoja. Hace tiempo que hemos advertido su falta. Es muy seguro que "Orientación" encontrará, quizá más adelante, obstáculos muchos más serios. Pero, por lo mismo que semejante tarea es ardua, ella ha de encontrar en las mismas dificultades aliento para proseguir con espíritu tenaz e inquebrantable hasta obtener por lo menos, la visión de un éxito feliz y próximo.

La Unión del Marino, órgano de la Federación Obrera Marítima, Buenos Aires.—Ha aparecido el núm. 40 de este importante periódico sindical. El ejemplar que tenemos a la vista, dedicado casi enteramente a las cuestiones que agitan en estos momentos al gremio, no hace más que confirmar su conducta anterior; los problemas del oficio y de la organización, son reflejados amplia y sensatamente en sus columnas.

Naturalmente, como periódico obrero inspirado por la alta idealidad revolucionaria que informa al movimiento proletario moderno, la preocupación de los intereses corporativos, si bien son esenciales, no hacen olvidar los problemas de carácter general, es decir, de clase. Además de tratarse en sus columnas las cuestiones prácticas que afectan a la clase obrera en general, se ventilán en ellas conceptos doctrinarios, relacionados íntimamente con la organización de los trabajadores.

De esta clase de trabajos, que publica varios, leemos un interesante artículo, que firma el camarada A. Pellegrini, titulado "La Organización Obrera Revolucionaria".

Su lectura nos produce la impresión de un concienzudo y serio trabajo. La tendencia al estudio de problemas fundamentales como los que plantea en su artículo Pellegrini, acusan en él un gran progreso. Los propósitos revelados ya en otros escritos, de encarar el problema con un criterio realista, son largamente confirmados en el artículo que comentamos.

Pellegrini, inspirándose en la realidad que ofrece el movimiento obrero, y posiblemente, robustecido en sus juicios por el estudio de tantos escritos que facilitan su comprensión, considera que el movimiento obrero tiende a libertarse de los escolasticismos que lo han atado, y confirmando nuestros juicios a este respecto emitidos, el mismo movimiento, autonomizándose de todas las escuelas ideológicas, va dirigiendo su acción,—a la que considera como única escuela,—sin que "doctrinarismos entorpecedores" pretendan orientarla.

Concluye este camarada su notable escrito, diciendo que "los trabajadores deben expurgar su movimiento de tanto genio libertador que quiere libertarlo", y en tal sentido, eliminando los "jefes", los cuales no hacen más que anular la personalidad de la organización obrera que ha de cimentar en la acción diaria su voluntad y libre personalidad, debe ir "contra los pastores libertadores, aun cuando éstos se llamen anarquistas".

Unión Linotipista, órgano del sindicato Unión Linotipistas, Montevideo.—Han llegado a nuestro poder los dos últimos números, de esta interesante publicación, que por su clara orientación y sano criterio, hace honor a los linotipistas del vecino país.

Se ocupa de la autonomía sindical, manifestándose favorable a las conclusiones del último congreso de la F. O. R. A. Rebate a los defensores de las vetustas ideologías, haciendo notar que en la formación de los sindicatos y federaciones obreras va implícita una finalidad revolucionaria.

La Unión Ferroviaria, órgano de la Federación Ferroviaria española, Madrid.—Ha publicado una amplia crónica de su último congreso, el que modificó los estatutos de la organización en un amplio sentido federalista. El mismo congreso ha resuelto que el Comité Ferroviario convoque a la brevedad posible a todas las organizaciones a un congreso para buscar la fusión del proletariado de la península.

Esta iniciativa ha sido recibida con general simpatía.

El Proletario, órgano del Sindicato de Cargadores de Iquique, Chile.—El nuevo espíritu, que va arraigándose cada vez más en la clase obrera organizada del mundo entero, que se exterioriza en una creciente confianza en la obra directa de los sindicatos, se refleja en forma elocuente en este simpático periódico que editan los cargadores de Iquique.

El número que tenemos a la vista, correspondiente al 1º de enero ppdo., nos demuestra que también en Chile, donde el proletariado todavía aparece obscurecido en su personalidad de clase con un movimiento de una naturaleza esencialmente democrática, la conciencia sindicalista revolucionaria se abre camino. Ella encuentra un terreno propicio en la zona industrialista de Iquique, en el norte de Chile, teatro, por lo demás, de las más trágicas y sangrientas luchas del proletariado chileno.

Sin duda, ese antecedente de ásperas y violentas luchas, que ha permitido escribir las más brillantes páginas de la historia del proletariado hermano, constituyen para la conciencia sindicalista que viene trabajando el espíritu de los trabajadores de la rica e industrial zona de Iquique, el mejor abono.

Anotamos con satisfacción este hecho, y auguramos a los camaradas Cargadores, que se destacan en esta labor, un éxito creciente en su propaganda por la autonomía sindical y en el esclarecimiento de la concepción sindicalista, que infunde a los proletarios confianza y fe en su propia obra.

❁ ❁ ❁

NOTA A LOS AGENTES

Se previene a los camaradas subscriptores y agentes de la LA ACCION OBRERA, que la correspondencia administrativa deberá ser dirigida a nombre de JUAN PERAZZO, calle Constitución, número 2845, Dept. 5, Buenos Aires.

Los giros que se remitan en pago de subscripciones, deben ser expedidos a nombre de JUAN CUOMO, remitidos a la misma dirección.

Cupón de Suscripción á "La Acción Obrera"

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CONSTITUCIÓN 2845 (DTO. 5)

A la administración de La Acción Obrera:

Sírvase enviarme nuevamente el periódico, por lo cual adjunto **$ 1.00 m|n.** importe de un trimestre adelantado.

Nombre .....

Calle ..... N. .....

Localidad .....

Recorte este cupón y con su nombre, envíelo á La Acción Obrera.